

El Rey de las Calaveras

Dicen que en sus arcas hay acumulada una fortuna que supera las cien mil libras.

—Cobrando a todos los piratas una buena parte de su botín por fondear en su puerto. Y los botines por estos mares son apetitosos, a fe mía.

—Pero los piratas se sienten satisfechos de pagar ese tributo a don Mauro Da Cousta, porque el virrey de la Isla de los Corales los protege con los cañones que defienden su fortaleza.

—Dicen que incluso les proporciona tripulación para sus barcos.

—Barcos que, a su vez, salen a la mar en busca de nuevos botines.

—O navegan hasta las islas próximas en busca de esclavos para trabajar en las minas de sal del virrey.

Los dos hombres estaban dando buena cuenta de la comida que habían extraído de los contenedores de basura de la fortaleza.

Uno de ellos era rubio, ojos azules y simpática sonrisa aunque un poco difuminada por la delgadez. El otro, muy moreno de piel, como el caparazón de los escarabajos, contemplaba con ojos saltones cada bocado antes de llevarlo a la boca.

—¿Cómo lo haces para que esto sepa bien?
—preguntó el moreno, mirando una tripa de cerdo rellena de vegetales picados y granos de maíz con aspecto de empanadilla.

—¿Olvidas que antes que pobre me crié en la cocina de uno de los amigos del virrey?

—¿Por qué te fuiste de allí?

—No me fui, me echaron cuando descubrieron que sisaba parte de los alimentos para entregárselos a los pobres de Fortezza.

Víctor Laxting movió la cabeza de un lado a otro, quizá soñando con lo que podría haber sido su vida de no haber sido tan caritativo; buenos manjares, cama segura, así como protección ante los desmanes del virrey. Todo echado por la borda

para acabar como un pobre vagabundo en una isla a la deriva.

Con hambre y sin dinero, con apenas veinte años, vivía la maldición que le obligaba a permanecer en la Isla de los Corales sin poder escapar. No tenía monedas, ni embarcación, ni siquiera una banda con la que convertirse en pirata, aunque fuera un pirata tan miserable y sanguinario como Jack Mandrake, el Rata, también conocido como Ojo de Cuero; un tuerto bajo cuyo parche en el ojo izquierdo decían que guardaba un formidable tesoro.

De momento solo contaba con la compañía de Zumbón, un cubano de piel brillante y eterna sonrisa, que no se sabía si enmascaraba la pobreza de su vida o se reía del mundo para no despedirse de él antes de tiempo.

—Algún día me tienes que decir cómo te llamas de verdad.

—Zumbón —dijo el negro sonriendo al tiempo que chascaba los dedos emitiendo un sonido parecido al de las castañuelas—. Solo tengo ese nombre, ¿para qué quiero más?

—Todas la personas tienen nombre y apellido, o nombre y apodo —dijo Víctor pensando en el tuerto con tesoro en su ojo izquierdo. O, lo que era aun peor, en el apodo que señalaba al virrey como el Rey de las Calaveras.

No era difícil adivinar por qué lo llamaban así, lo que, por otra parte, enorgullecía al tirano. Sus peores enemigos acababan con la cabeza cortada y clavada en una pica, como las que adornaban las puertas de la muralla de Fortezza, capital de la isla. Picas donde las cabezas separadas del cuerpo permanecían hasta que los animales carroñeros las mondaban, dejando únicamente el hueso.

—Yo soy tan pobre que solo tengo nombre o apodo, como quieras. ¿No te gusta Zumbón? Pues llámame como quieras.

—Te llamaré amigo —bromeó Víctor—. Y un amigo tiene que ayudar al otro, ¿no es cierto?

—Cierto del todo.

—Pues entonces, para pagar esta sabrosa comida has de quitarme los pelos de la cara como solo tú sabes hacer.

Zumbón, satisfecho por el halago, extrajo del interior de su camisa una pequeña navaja enfundada en cuero, cuyo filo era capaz de convertir en dos una hoja de pergamino, cortándola por el borde, de arriba abajo.

Primero, untó el rostro de Víctor con lo que había quedado del jugo de una papaya, luego procedió al afeitado, con lentitud, habilidad, suavidad y eficacia.

Víctor cerró los ojos, disfrutando del buen hacer de su amigo.

—Lo preciosa que sería esta isla si el virrey viviera en otra.

—A pesar del viento que hace continuamente y que a veces me agobia.

—En una isla eso es lo natural, mi amigo.

—Pero en esta parece como si hubieran dejado todas las puertas abiertas.

—Qué exagerado eres, pareces cubano como yo.

La Isla de los Corales se encontraba entre dos mares, el mar Caribe y el de las Antillas. A babor, se podían distinguir, con ayuda de un catalejo las islas de Cuba y Jamaica. A estribor, Santo

Domingo, Puerto Rico, Guadalupe y Martinica; las Bahamas en la proa y, en la popa, la costa de los Mosquitos, Portobello, Cartagena de Indias, Puerto Atocha, dando salidas al agua a Panamá, Colombia y Venezuela.

Rodeada por grandes arrecifes, que le servían de muralla natural, solo tenía una puerta abierta para salir o dejar entrar a quien quisiera, protegida por los cañones que apuntaban desde la fortaleza.

Su tamaño era como el doble de la isla Tortuga, situada no más lejos de lo que estaban Maracaibo y Caracas, y como seis veces las islas Caimán todas juntas.

Y mucho más rica, gracias no solo a sus minas de sal, cuya calidad era solo comparable a la venezolana de Araya, una sal gema que las lluvias disolvían y depositaban en un lago, sino también a los cultivos de vainilla, muy demandados por los navíos ingleses que, con cierta asiduidad, surcaban sus costas.

—Nada más cierto, Zumbón, esta isla sería un paraíso si el virrey fuera el prisionero y no nosotros, que ni siquiera podemos nadar para

huir, ya que las aguas están infestadas de tiburones.

—De alguna manera, él también está preso de su ambición y codicia, de su ansia de poder y su maldad.

—Me apunto a esa esclavitud llena de oro y sedas —dijo Víctor que solo los había visto en el mercado de Fortezza, cuando los amigos del virrey iban a comprar—. Pero, ciertamente, me gustaría hacerlo lejos de aquí. En la isla de las Perlas, por ejemplo o, tierra adentro, en el mismísimo Maracaibo, que cuentan y no acaban de sus excelencias.

—Ninguna esclavitud es buena —afirmó Zumbón mientras apuraba el afeitado de su amigo recordando sus tiempos de esclavo en Cuba—. Además, mucho me temo que como no sea en sueños no podremos viajar muy lejos. A no ser que...

Víctor sonrió para interrumpirlo:

—Que nos hagamos con parte de su fortuna y nos larguemos de aquí para siempre.

—La idea es espléndida, amigo, pero ¿cómo conseguirlo?

—Inventaremos algo. En Fortezza lo único que tenemos de sobra es tiempo para pensar. Además, alguien que supo burlar los grilletos y escapar de una isla, seguro que tiene una idea.

—Lo mejor sería huir con el mapa que conduce a la isla fantasma.

—¿Tú también has oído hablar de ese lugar?

—Una isla donde la niebla protege como un manto de armiño y las ostras dan perlas ambarinas; todo el mundo sabe que se trata de una fantasía, pero a los pobres ¿qué nos queda sino las fantasías? Y cuanto más noveleras mejor.

El afeitado había terminado y, para suavizar la piel del rostro de su amigo, extrajo del zurrón que llevaba en la cintura unas hierbas que le colocó en las mejillas, al tiempo que murmuraba palabras incomprensibles.

—*Asa nisi masa, mamasita, kubumba lumbia.*

—Pero ¿qué dices?

—Querrás decir qué hago. Suavizar tu cara y espantar a los malos espíritus.

—¿Con esos hierbajos? —bromeó Víctor, conoedor de las artes de su compañero.

—No te burles de la santería cubana ni de los remedios naturales, mi amigo. A mí siempre me acompañan y hasta ahora nunca me han fallado.

—Pues falta nos harán si el virrey nos pilla haciendo planes para arrebatarle su fortuna y largarnos de aquí.

Como si la sola mención del tiránico personaje bastase para convocarlo, de inmediato se escuchó un acompasado sonido de tambores que, sin duda, se aproximaban a la plaza donde se encontraban.

Los dos amigos se escondieron entre la gente, cubriendo sus cabezas, uno con un raído sombrero de paja, el otro, con un pañuelo al estilo corsario que dejó al descubierto uno solo de sus ojos.

—¡Llega don Mauro!

Zumbón señaló con el dedo de forma discreta para no llamar la atención, al séquito que acompañaba al gobernador de la isla y que iba subido en un palanquín regalando saludos a la gente que se apartaba a su paso, más con temor que con respeto.

Destinado allí por el emperador de Brasil, don Pedro VI de Braganza, conocido como el Rey Soldado, don Mauro Da Cousta se había aprovechado de la bondad de su sucesora, la reina María II, conocida como la Educadora, para hacer que todos lo llamaran virrey.

Sin embargo, los tiempos estaban cambiando, en Brasil acababa de acceder al trono Miguel I, el Absoluto, a quien el gobernador aún no había tomado el pulso. Mientras tanto, hacía y deshacía en su isla como si todo, tierras y súbditos, fueran de su total pertenencia.

Don Mauro Da Cousta vestía una chaqueta de raso azul, en la que aparecían bordados perlas y zafiros, sobre una camisa de lino adornada por una cruz de oro digna de un arzobispo. Sus pantalones de lienzo estaban rematados por puñetas de fino encaje, y su cabeza cubierta por un tricornio, también de raso azul, ribeteado por una trencilla roja, lo que daba al personaje un aire ciertamente circense; sobre todo si se tenía en cuenta que su bigote semejaba al de un domador de caballos o jefe de pista. Pero la exageración era tan grande que,

quizá, precisamente por eso, la gente contenía la risa para no caer en castigo.

El cortejo se detuvo bajo los soportales de la casa principal, a cuyo balcón asomó el virrey una vez hubo subido al primer piso.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Da Cousta como si de repente hubiera olvidado el motivo de su visita. Pero, antes de que su ayudante le contestara, añadió—: ¿Venimos a ver una ejecución y no hay reo ni patíbulo?

—Excelencia —respondió el asistente Pombal, inclinando el espinazo, pero con una sonrisa que mostraba unos dientes de oro entre otros un tanto desordenados—, con vuestra venia, hemos ideado una forma de que patíbulo y reo se muestren simultáneamente ante vos y el pueblo.

—¿Cómo te atreves a compararme con el populacho? —exclamó el virrey, atusándose el bigote engomado con aceite de coco.

—No es comparación —replicó Pombal—. Dios me lo impida si tengo esa tentación, aunque más sería error que tentación —puntualizó al darse cuenta de su desliz—. Se trata de un golpe de efecto

para señalar que cualquier castigo vendrá indefectiblemente acompañado del cadalso pertinente. Lo veréis en seguida. A ver si os complace.

Hizo un gesto a los tambores, y estos cambiaron a un redoble que anunciaba el momento concluyente.

Por un portalón cuyas grandes maderas en otros tiempos habían dejado paso a carros o, incluso, cañones que luego se instalarían en lo alto de las murallas de Fortezza, apareció un carromato en el que iba sentado el reo junto a un extraño artilugio que llamó la atención hasta del mismo virrey.

—¿Qué es eso?

—Se trata de un experimento, y esta será la primera vez que se verá su funcionamiento en esta parte de los mares. Por un momento hemos dejado de lado la horca y el hacha para probar este invento español que se monta y desmonta en un soplido.

Se trataba de un sencillo palo al que iba sujeto el reo por el cuello con un collar de hierro forjado más fuerte que el acero.

—¿Y cómo se llama la novedad que viene de tan lejos?

—Se llama garrote vil, excelencia, y es de una eficacia probada allende los mares. Una simple vuelta de tuerca, y el cuello revienta en el interior de la funda humana que todos llevamos y que conocemos como cuerpo.

El virrey se dio cuenta entonces de que, en efecto, en la parte trasera del collar del condenado había una especie de manubrio que habría de accionar el verdugo.

—Muy ingenioso. Desde luego, los españoles son imaginativos, incluso para ejecutar a la gente.

—Ingenioso y limpio, ni sangre ni deposiciones —dijo Pombal recordando que el hacha lo dejaba todo salpicado de sangre, y la horca provocaba en el recién muerto el aflojamiento de los esfínteres, por los que expulsaba todos sus excrementos—. Luego, una vez tengamos el cadáver, lo llevamos a las mazmorras y allí separaremos su cabeza del cuerpo para colocarla en la pica elegida por su excelencia.

—Me parece muy bien, veamos cómo funciona ese invento —aceptó el virrey, atusándose el bigote.

Los tambores volvieron a cambiar de ritmo, ahora era un compás lento, fúnebre, mientras el verdugo, con la cabeza cubierta por una capucha negra subía al carromato en el que iba el prisionero que había de ser ajusticiado en breves momentos.

—¡Soy inocente! —clamó el desdichado en un último intento de conseguir clemencia—. Me acusan de algo que no he hecho. ¡Soy inocente!

—¿Es eso cierto? —preguntó el señor Da Cousta como si realmente le importara la justicia en su reino.

—Todos los condenados dicen lo mismo. Pero le puedo asegurar a su excelencia que el individuo ha sido juzgado conforme a nuestras leyes y, conforme a las mismas, condenado.

—¿Y cuál ha sido su delito? —empezó a preguntar el virrey, para inmediatamente desdecirse—. No quiero saberlo, si la ley le ha declarado culpable, culpable será. ¿Qué pasaría si echara sobre mis pobres hombros toda la carga de mi pequeña isla? Demasiado peso que me traería el eterno remordimiento. —Hizo una pausa como

para pensar si aquella palabra estaba siendo bien utilizada, ¿remordimiento él?, ¿por qué?, ¿para qué?—. Para eso tengo a mis abogados y jueces, ¿no es cierto Pombal?

—Cierto, excelencia, y de todos es sabido que la justicia de la Isla de los Corales es la más justa del Caribe y las Antillas, la más justa y la más ejemplar, como en este caso.

El virrey, tras soltar un suspiro de alivio, volvió a tocarse el bigote; esta vez estirando de él como si se tratara de un cordel.

—Gracias, Pombal, me has quitado un peso de encima.

—En tal caso, excelencia —sugirió el ayudante con gesto de preocupación—, ¿qué tal si da la orden de que la ejecución se cumpla?

—Tienes razón, no debemos hacer esperar más al pueblo, como tampoco al mísero culpable que debe abandonar Fortezza lo antes posible con los pies por delante. —Y con un gesto de la mano, al estilo de los césares romanos, bajó el pulgar indicando que no había lugar para la misericordia.

—¡Soy inocent...!

El desdichado no acabó la frase porque la capucha que cubrió su cabeza ahogó la última letra. En la plaza se hizo un silencio acrecentado por el cese de los tambores. Pero el silencio duró escasos segundos, pues de inmediato comenzaron a escucharse gemidos, lamentos, gritos desamparados, que hicieron que el virrey y Pombal giraran sus cabezas en busca de su origen.

Sonrieron al comprobar que se trataba simplemente de una bandada de golondrinas de mar cuyos chillidos semejaron en esos momentos a los de un grupo de dolientes plañideras.

Por segunda vez, el virrey Da Cousta hizo valer su prerrogativa sobre la vida y la muerte de sus súbditos e inclinó el pulgar hacia la tierra en la que, a no mucho tardar, habría de reposar el pobre acusado.

El verdugo cogió con las dos manos los extremos de metal del artilugio y tras una breve pausa, como para hacer más llamativa su acción, giró los brazos en sentido contrario, uno hacia arriba, el otro hacia abajo. Se escuchó un *crac* y la cabeza del ejecutado cayó hacia delante mientras sus extremidades quedaron sin fuerza, inertes.

—¡Fantástico! —comentó el virrey a su ayudante que inclinó la cabeza con un gesto de satisfacción—. Me encanta que se haya estrenado en nuestra isla este fantástico invento español. Lástima que...

Hizo una pausa que preocupó a Pombal.

—¿Algo le ha molestado, excelencia?

—Sí, y es que hubiera preferido que mi hija estuviera aquí conmigo para disfrutar de la novedad.

Pombal se atrevió a preguntar:

—¿Cree que a su hija le habría gustado venir?

—Le guste o no, es mi hija —dijo Da Cousta con firmeza— y ha de dar ejemplo ante la multitud. Tiene que ser fuerte, como su padre. Valerosa, como su padre. Poderosa, como su padre. —Contempló el carronato con el cadáver, que abandonaba la plaza, y a sus súbitos, anteriormente espectadores mudos de la ejecución, que se apartaban para dejarle paso—. Por cierto, Pombal, dime ¿dónde está ahora mismo mi hija?